

MUCHAS GRACIAS

[30 céntimos



Vázquez Calleja

LAS TORNAS, por Vázquez Calleja.

—Esta noche, todo lo contrario: voy a tener que soportar al cerdo del marqués.

AVISO A LOS TRAICIONEROS



Nada nos parece más despreciable que hablar mal por detrás de alguien. Eso no está bien. En último caso, hasta en la traición se debe dar la cara... Pero..., aquí para nosotros, lector: vamos a murmurar bajito las mayores atrocidades por detrás de ésta. ¡Y viva la traición!

Muchas Gracias

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA
APARECE LOS SÁBADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MENDIZABAL 42 TELÉF. 33.380

Año IV.—Número 176.



Madrid, 24 de junio de 1927.

LA SEMANA IRÓNICA

—En un departamento del tren de Andalucía, toma asiento, en viaje hacia Pinto, un ciego, cuya enfermedad no es aparente, pues tiene las pupilas abiertas y limpias.

Frente a él, acaba de sentarse una jovencita que busca aventura y que prodiga ante él mil visajes coquetos, que, naturalmente, no son advertidos.

Ella insiste, no obstante, y aproxima sus rodillas a las del ciego, ejerciendo presión.

El otro, que va adormilado, dice con sobresalto:

—¿Estamos en Pinto?

Se habla, en un salón aristocrático, de cierto candidato a la Academia.

—Será nombrado—dice uno—; es una persona encantadora, simpática para todo el mundo.

—En efecto—replicó alguien: no hay contra él más que su propia obra; pero eso es muy poca cosa.

Después de haber estado varios años en Madrid, Nicetita regresa a su pueblo y se casa con Santiaguito, al que ella engaña sin reserva ninguna.

Santiago es filósofo: cierra los ojos.

Un día, Niceta le trae un chico de cinco años, del que ella no le había hablado jamás a él.

—Lo tuve—cuéntale a su marido— en el tiempo que permanecí en Madrid.

—Pase por esta vez—responde Santiago—; pero, que lo sepas, Niceta: yo espero que no me harás otro.

Rodríguez, jefe de negociado y persona económica, estuvo no hace mucho en París.

Una noche penetró en un *restaurant*.

—¿Cuánto vale comer?—preguntó.

—Veinte francos—dijéronle.

—¿Y desayunar?

—Quince francos.

—Entonces, sírvame el desayuno.

En cierto ayuntamiento rural, andaluz, los concejales hablan, habitualmente, con tanta vivacidad, que recuerdan ruidosos debates congresiles.

No hace mucho, trataban con el acostumbrado acaloramiento un asunto de interés local, y todos hablaban a la vez.

A tal extremo llegó el barullo, que perdió el alcalde la paciencia:

—¡Basta!—gritó—. ¡Si nos queremos entender como Dios manda, es necesario que no hablen más de cuatro a la vez!



—¡Ah, qué felicidad de que vuelvas! ¡Estaba más aburrida tanto tiempo sola!...

Dib. de U.

Un papá dudoso cuenta en cierta reunión de chuscos:

—Mi chico tiene nueve meses y me llama papá.

Un chusco, a media voz: —Es pequeño y no sabe lo que dice.

La institutriz.—Carlos, eres insoponible. Te he dicho ya, por dos o tres veces, que no te metas los dedos en la nariz. Puesto que no quieres obedecerme, ven acá; les voy a decir dos palabras a tus nalgas.

Carlitos.—Telefonéales usted.

Un pobre cura, no muy sobrado de caletre, hombre sencillo y sincero, casa a ciertos parientes suyos, y al final, diceles en la plática:

—Y ahora, mis queridos hijos, id a hacer juntos lo que hasta el presente habéis hecho por separado.



—Yo le escucharé a usted cuando me haya pagado todas mis deudas. No quiero cuestiones de dinero entre nosotros.

Dib. de Gilley.



EN CONFIANZA

UNA IDEA

No sería ninguna tontería que ahora que se están tributando tantos homenajes a Goya, las señoritas cupletistas se comprometieran formalmente a no nombrarle ni aludirle en sus cuplés durante un plazo que muy bien podría ser de veinte o treinta años. Yo creo que el bueno de don Francisco, desde su gloria, agradecería mucho esta prueba de respeto.

Es verdaderamente intolerable, y no hay más remedio que ponerle coto, esto de que las cupletistas la hayan tomado con Goya, y lo hagan cómplice de tantas cursilerías y estupideces.

—¡No hay derecho! Que echen mano de otro pintor cualquiera; por ejemplo, de Vázquez Díaz o de Garello.

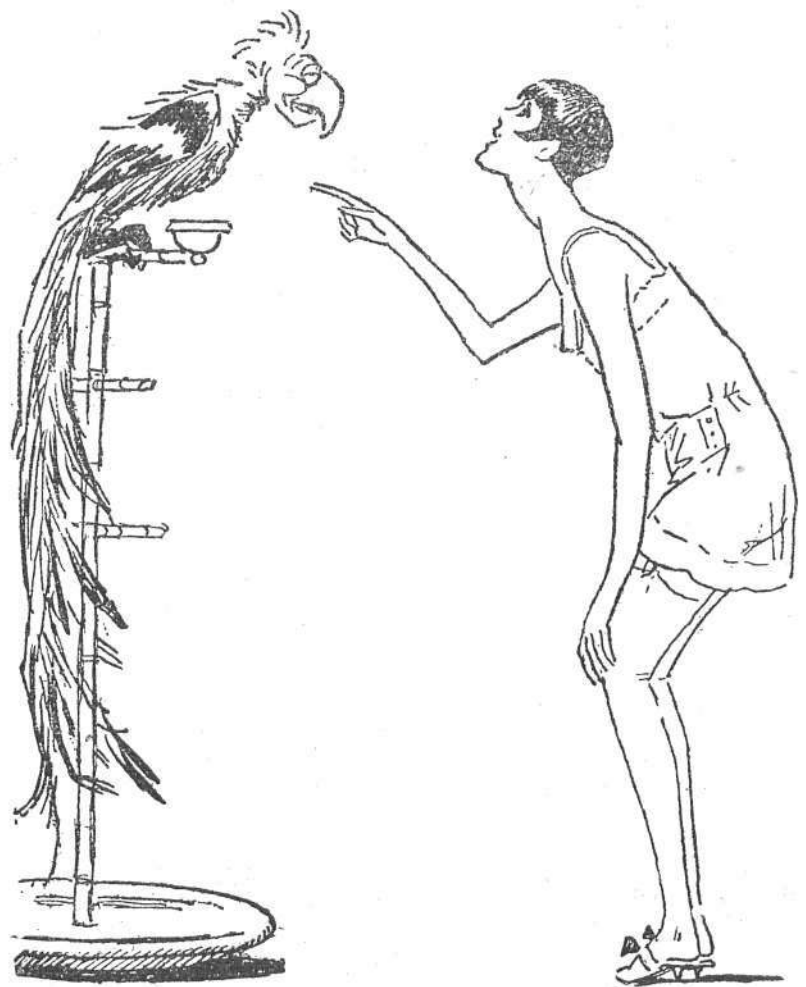
DE VERANO

Comienza el verano. Los privilegiados de la fortuna en breve saldrán en desbandada de la corte, buscando las playas y las montañas, y aquí nos quedaremos a nuestras anchas los pobres, los más modestos. ¡Qué bien vamos a estar! Podremos pasearnos tranquilamente por la Castellana sin temor a tropezarnos con los elegantes que vuelven del Hipódromo, no veremos el hongo gris del conde de la Címera, ni los botines blancos de Gil de Escalan-



—¡Atrás, tentación!
—¡Si el que va a tentarte es tu primo!
—¡Ah, creí!...

Dib. de Fournier.



—Eres retrato de mi viejo: no te quedan más que los años, lo verde y la... locuacidad.

Dib. de Fournier.

te...; por las noches podremos sentarnos en las terrazas de los cafés sin temor a encontrarnos con don José Ortega y Gasset, que viene, de punta en blanco, de comer en casa del duque de Alba; podremos ir tranquilamente a cualquier teatro sin temor a tener que soportar como final de fiesta a una de esas estrellas del cuplé que quieren oscurecer a la Duse y a la Sarah Bernhardt... En fin, bien venido sea el verano, con todos sus calores, que nos limpia este Madrid de tanta cursilería y de tanta estupidez.

LO DE SIEMPRE

El Debate dice que esto del peligro comunista es algo gravísimo, y después de muy brillantes reflexiones concluye con que la mejor manera de combatirlo es aumentar el presupuesto de culto y clero.

Estos señores son unos románticos, no hay duda.

Mariano BENLLIURE Y TUERO

Célicas e infernales

CLEO DE MERODE

(Hace veinte años.)

El óvalo adorable de su faz melancólica y pálida de virgen que sólo piensa en Dios, como ebúrneo prodigio de escultura católica, resalta bajo el oro de dos rubios bandós.

Dos bandós codiciosos, que, rozando sus ce-

ljas, le bajan por las sienas de hierático modo y pasan por sus pómulos y ocultan sus orejas, sus orejas divinas que lo han oído todo.

¡Oh perversa exquisita, paradoja viviente!

Si un ángel, por ventura, la encontrara a su

paso, al mirar su apariencia, la besara en la frente. San Antonio la hubiera llevado al yermo

lacaso.

Al pensar de sus culpas en el castigo eterno y soñar con su cuerpo cándido de novicia, felices nos parecen las llamas del Infierno, que han de envolverla en una perdurable

caricia.

José PEREZ BOJART



Canción para ella

(VERLAINE)

Yo no soy un filósofo de virtudes cristianas;
tú, no es de ser moral de lo que más te ufanas
—para el amor carnal condiciones triunfales—,
tal como lo entendemos, con supremas vehemencias,
sin freno y sin cuidarnos de idiotas conveniencias,
pero ardiente y riente... ¡Y al cuerno los farsantes!
Amame ante la gente,
alegremente.

* * *

Yo sé que la virtud, cuando de Ellas se trata,
es sólo hipocresía y arrumacos de gata,
y que hacen bien, burlándose de la virtud en ruinas;
en la tierra y el cielo se juntan las parejas,
y las mujeres rompen conveniencias añejas
siguiendo el franco ejemplo de monas y gallinas.
Amémonos bien fuerte
hasta la muerte.

* * *

Practica mi consejo y sé a mi amor amable,
y cumple ardentemente tu deber adorable,
fragante Encantadora de todos mis ardores,
como la flor no se hizo para cerrarse, así
la rosa de tu sexo... Mimosa, créeme a mí,
realiza tus deseos y mueran tus pudores.
Amame fuertemente
e inmoralmemente.

Trad.: Emilio CARRÈRE

FILOSOFIA DE BOUDOIR



—Te lo digo por mi experiencia: en la vida
de una mujer un solo hombre es demasiado,
y dos no son bastante.

Dib. de Hays.

A la que salta

Palabras del pintor José Llovera, sobre El Escorial, transcritas por Antonio Robles en el *Heraldo*: "Es Felipe II; es la época".

Si es Felipe II, será más bien *El Debate*.

* * *

El Imparcial nos habla de un club de Manchester cuyo "objeto es robustecer la voluntad para callar".

¿Por qué no ingresa en él el señor Alcalá Zamora?

* * *

De un fondo de *El Clamor de Za-*



—Ese hombre es tímido hasta por certa.
Dice que no me puede escribir dos renglones
de corrido.

mora: "Nosotros somos como el santo de Aquino. Ver y creer."

Esa confusión de Santo Tomás de Aquino con Santo Tomás Apóstol nos recuerda la de Lloyd George con Henri George, que tuvo, no hace mucho, un prohombre.

* * *

De un telegrama, publicado en varios periódicos, sobre la celebración, en Sanlúcar de Barrameda, del cuarto centenario de la salida de ese puerto del explorador Alvar-Núñez: "En el concurso literario ha obtenido el primer premio el ilustre escritor don Fiacro Irayzoz."

El cual, como es sabido, acompañó en su expedición a Alvar-Núñez.

* * *

De un diálogo de Cristóbal de Castro, en *La Libertad*:

"Porque hay demasiados médicos, demasiados abogados, demasiados ingenieros.

"Pero ¿no hay demasiados industriales, demasiados comerciantes, demasiados albañiles?"

Lo que hay, en definitiva, son demasiados seres humanos.



PARIS

DIALOGO EN UN AUTOBUS

(La Compañía de autobuses, de París, autoriza a los viajeros a que lleven perros, pagando el billete correspondiente. — De los periódicos.)

—Calle, usted; así da gusto.

—La verdad; se va muy bien en autobús. Ha sido una idea genial la de dejarnos viajar igual que las personas.

—Mejor aún, diría yo; porque fíjese usted, que son las personas las que pagan por nosotros.

—No había otro remedio. ¿Cómo íbamos a pagar los perros? Ningún perro del mundo ha pagado en ningún sitio con dinero suyo, con perras propias, como si dijésemos. Pero esto no es culpa nuestra, pues no tenemos ningún interés en ir de gorra por ahí. La culpa es del Supremo Hacedor, que hizo al hombre con bolsillos en el chaleco y en cambio no nos puso a nosotros sitio para guardar el dinero.

—Tiene usted mucha razón. Además, ¿no dice el hombre que el perro es su mejor amigo?... Pues nada tiene de particular que vivamos a costa de tales amigos... ¡Ay!, ¡ay! Creía que me mareaba en esta vuelta... ¡Qué bruto debe ser el conductor del autobús!

—¡No tiene usted idea! Aquí dentro no se nota tanto, pero cuando uno va por la calle es algo terrible. ¡Qué miedo dan los autobuses!

—Ya lo creo... Conocía yo a una perrita, muy coqueta por cierto, que murió aplastada por un autobús...

—¡Qué horror!

—No somos nada, querido compañero. Menos mal que ahora no corremos tanto peligro de ser atropellados... ¡Ay!, ¡ay! El bicho éste ha cogido a alguien. ¡Qué bárbaro! La víctima debe ser algún perrito inocente... ¿No se lo decía yo?

—Tranquílícese, serénese... Yo tam-

bién me había asustado, pero oigo decir a mi dueño que el atropellado ha sido un hombre...

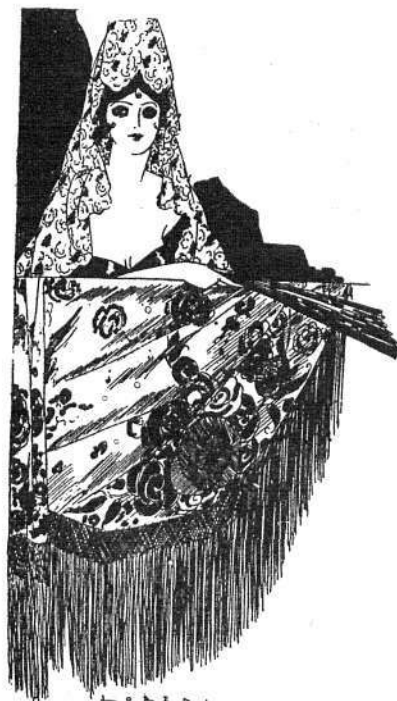
—Menos mal. Pero no gana uno para sustos. Si yo fuese concejal, metería en la cárcel a todos los conductores de autobuses.

—¡Buena la haría usted! Ahora que podemos viajar nosotros. Si los metía a todos en la cárcel, tendría que suspenderse el servicio...

—Tiene usted razón, pero es que ya no sé lo que me digo.

—Ya lo había notado, aunque no he querido llamarle la atención por respeto, porque me ha sido usted un perro muy simpático... Pero, de todas maneras, eso de que sea usted concejal demuestra que no anda muy bien de la cabeza... ¡Un perro concejal!

—¿Cómo que no? Ahora es concejal cualquiera. A mi dueña le he oído decir que en algunos países son concejales las mujeres... ¡Cualquiera lo hubiera pensado hace cincuenta años!... Quién sabe, quién sabe el porvenir po-



— ESTA DE VUELTA

—¿La oreja porque ha citado a recibir? ¡Pues a mí no me parece eso ninguna novedad!

Dib. de Lorenzi.

lítico que tenemos reservado los perros. La humanidad progresa mucho. Ya ve usted que ahora podemos ir en autobús.

—Le advierto a usted que más prefiero ir en autobús que ser concejal...

—¡Ah! Y yo también. ¡Poco que me ha tocado correr por esas calles de Dios antes de autorizarnos a viajar en estos chismes! Cada vez que mi dueño tomaba un autobús me ponía a temblar, porque tenía que ir corriendo detrás como un loco.

—A mí me pasaba lo mismo. Pero algunas ventajas había en ir suelto. Por ejemplo, cuando uno tenía ganas de hacer pipí. Con arrimarse a un farol y levantar la patita, asunto terminado. En cambio, ahora. ¿Creerá usted que tengo unas ganas atroces de hacer pipí? Y cualquiera se atreve, en un autobús...

—¡Haberlo dicho antes! Sí, amigo, sí. No tenga usted miedo. Aquel pasajero parece muy distraído. Acérquese con cuidado y levante la patita. Aquel caballero del pantalón gris, que está ahí enfrente.

—Sí, sí. Ya había pensado en él. Pero a lo mejor se da cuenta...

—¿No ve usted que va leyendo el periódico?

—Bueno; vamos allá. Realmente no puedo aguantar más.

—¡Ande, ánimo!...

—Sí, voy. Pero ¡qué vergüenza de Compañía! ¡No poner en los coches ni un mal farol para que los perros podamos levantar la patita! Tendremos que conformarnos con el pantalón gris del caballero sentado en el banco de enfrente y que está distraído mientras lee el periódico. ¡Fíjese si el progreso ha complicado poco nuestra sencilla vida de perros!

Por la transcripción,

Carlos ESPLÁ

París, junio.

Muy pronto aparecerá

LA DOBLE PASION

Novela de más de trescientas páginas, por

ARTEMIO PRECIOSO

Del mismo autor, en breve: *Mi calvario* (el escritor en España) y *Los diablos fríos* (novela grande, de patología sexual).

Pedidos:

EDITORIAL ATLANTIDA,

TENÍA RAZÓN EL POBRE HOMBRE

Aquel que carece de voluntad, vive a merced de la voluntad de los otros. Vive, no como puede, sino como quieren.

Esto le pasaba a don Flaviano, que tenía menos voluntad que un poste.

Ya desde niño demostró Flaviano este capital defecto. Mientras la pandilla discurría el juego que había de decidirse, nunca sabía él qué cometido le asignarían los otros, si el de justicia o el de ladrón. El tenía el mal gusto de querer ser justicia..., y casi siempre le tocaba lo contrario. En cuanto a las diabluras, si ninguno de los demás camaradas tenía la voluntad que se precisaba para escalar un muro y robar unas peras prohibidas, Flaviano había de asumir la voluntad de la hazaña y afrontar el peligro, relevando la mala voluntad de los compañeros.

Siguió creciendo Flaviano, pero no crecía en voluntad, pues carecía de ella.

Mozo hecho y derecho, se enamoró Flaviano de una muchacha de su gusto; mas los papás del desmayado joven se enamoraron de otra muchacha, y con ella tuvo que casar Flaviano, después de terminada la carrera de médico, contra su voluntad, porque él había deseado ser ingeniero.

Se casó el hombre, y aquí se agravó más el calvario del sin voluntad.

Blanco decía él; negro decía siempre su esposa, menos cuando él dijere negro. Que no quería que su contradictora cónyuge saliese frecuentemente del hogar; ella entonces se pasaba el endomoniado día en la calle. Que se amoscaba don Flaviano de que entrase en casa cierto amigo; pues, por tenacidad de ella, el amigo se quedaba allá a comer y a dormir...

Los hijos dominaban también tiránicamente a don Flaviano; hasta el más pequeñín, utero mocos, exigía-le que se pusiera a cuatro patas, y así le arreaba y golpeaba. No hay que decir que, como siempre, los amigos ejercían absoluto dominio sobre nuestro hombre.

Pero las grandes tiranías son las que acarrearán las grandes emancipaciones, y una vez, por fin, don Flaviano se rebeló contra el que más le había secuestrado la voluntad, contra su amigo de la infancia don Godovindo.

Verdaderamente, don Godovindo fué siempre la pesadilla del pobre don Flaviano.

Toda su amistad hubo sido un constante abuso, y yo no me expliqué nunca cómo ningún hombre pudiera



AUSCULTACION

—No tiene usted nada absolutamente en el pecho, pequeña.



—¡Insolente! ¡Que se cree usted eso!...

Dib. de Fournier.

soportar tanto como le soportaba don Flaviano a don Godovindo.

Así, mi sorpresa fué verdaderamente sensacional cuando supe que don Flaviano había inaugurado su energía contra el odioso tiranuelo.

La mayor y más prolongada amistad habíase entibado al principio, habíase roto decididamente al fin.

En balde intentó don Godovindo convencer al otro de nada; en vano quiso imponérsele, como solía. Don Flaviano mantuvo firme como una roca, por primera vez, su desusada voluntad.

Indudablemente, había pasado algo gravísimo entre ellos.

Yo pude vencer, con tenaces ruegos, la voluntad débil de don Flaviano, y éste me lo explicó todo, aunque implorándome el secreto. Don Flaviano tenía razón de estar definitivamente enojado contra el otro. Don Flaviano me dijo:

—Ese miserable ha recibido hospitalidad en mi casa. ¿Y sabe usted có-

mo me ha pagado? Pues se lo diré, no puedo callar, no puedo: el canalla ése ha abusado de mi mujer, de mi sobrina, de mi criada... ¡y hasta de mí!...

José BRUNO

CHIPILIN

VIDA Y AVENTURAS DE UN PEQUEÑO GRAN HOMBRE

El éxito formidable de crítica obtenido por la novela de

JOSE BRUNO

ha hecho que el público esté mostrando gran curiosidad por esta bellísima obra, prodigio de humorismo y de arte. Jamás se escribió sátira más atrevida, interesante y certera.

335 páginas

CINCO pesetas.

EDITORIAL ATLANTIDA



AL OIDO

ALMA ATORMENTADA

Yo era el instinto procreador del que alguna vez habría de hablar Schopenhauer, una antorcha que se consumía al fuego de su propia llama, la esencia del deseo insatisfecho, el ansia de un goce desconocido que quisiera hacer inmaterial y eterno el escalofrío fugaz de la materia; yo era el alma femenina con sus dudas, sus pasiones, sus tormentos y sus locuras; cruel, si creía hallar en la crueldad un goce; dulce, si en la dulzura pensaba encontrarlo.

Y Dios, al verme retorcida alrededor de la línea infinita de mi ruta estelar, tal la hiedra enlazada, para recorrer el árbol que la teme y la rechaza, compadecido de mi tortura me hizo encarnar en un cuerpo de mujer. "Y en sucesivas generaciones irás puliendo tus sentimientos hasta que a la oruga le salgan alas y pueda volver dignamente al éter del que ha salido para purificarte en un necesario equilibrio de transformaciones." Así dijo el Creador, y un buen día en un bosque milenario, dentro de un nido de palomas, nació una bellísima criatura que se llamó Semíramis. En aquel cuerpo, que había de ser divino, pagamente divino, puso Dios mi alma atormentada por indefinidos anhelos. Adúltera, regicida y parricida, incestuosa pero siembre bella, entregada a todos los placeres, sedienta de un ignorado goce que nunca había de hallar, ¡cómo me disculparían los que hubieran sentido en las tuyas el latigazo que abrasaba mis entrañas!

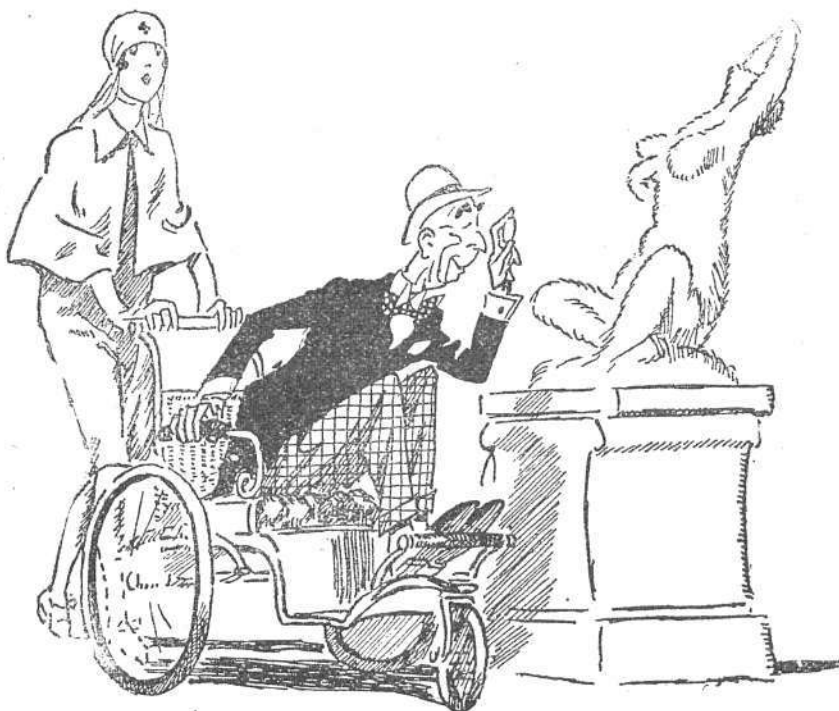
Y el azote de mi libertinaje se extendió a Babilonia, a Armenia, a Jerusalén y a las demás villas de Oriente.

Insatisfecha, volvió a la nebulosa de que había salido para seguir ardiendo, estrella ignota en el espacio infinito.

* * *

Nuevamente en el mundo, y esta vez en un páramo triste y tostado que llaman la meseta castellana, me vi en el cuerpo de una encantadora muñeca, a la que di aliento durante sesenta y siete años. Mi inquietud no había cesado; la contiene el ambiente religioso y el azar de mi nacimiento en esta villa de Avila, centro de ascetismo y persecuciones.

Teresa de Jesús me llaman. A los diez años escapé de casa, pretendien-



EN EL SANATORIO

LA ENFERMERA.—¿Pero es posible que todavía no se haya dado usted cuenta de la operación que acaban de hacerle?...

Dib. de Fournler

do cristianizar a los moros de Berbería.

Una tarde, ya a los quince, leí las bellas estrofas que dicen así:

"Bésame con el beso de tu boca, porque mejores son tus pechos que el vino... Como venda de grana tus labios y tu hablar dulce; como cacho de granada tus mejillas, sin lo que dentro está oculto; tu cuello como torre de David; tus dos pechos como dos cervatillos mellizos de corza los cuales se apacentaran entre lirios..."

También había leído que Jesús dijo a la Samaritana:

"Si conocieses el don de Dios y quien es el que te dice *dame de beber*, tú pedirías y El te daría agua viva."

Desde entonces transformé mis ansias en una sola, y sus anhelos en un místico anhelo. Quise poseer a un Dios que me poseía, y así le dije una noche:

"Vivo sin vivir en ti..."

No podía satisfacer mi continuo sufrir, la actividad de mis desvelos, la organización de mis conventos, las lecturas de las confesiones de San Agustín ni el consuelo de la voz dulce de mi amado discípulo Juan de la Cruz, ni la gracia de aquella Bela, cuya boca no lograba hacerle poner así...

Tal fué mi existencia. Por doquier

pasé agradé y fui siempre amada; pero yo... Ante el Señor nuevamente, mi alma, más retorcida, más incendiada de amor, pidió nuevas pruebas.

* * *

Heme aquí en la triste cárcel del mundanal ruido. Los mismos sobresaltos, idénticos deseos.

Un bello adolescente que llaman neurópata me ha ordenado mi encierro en este hermoso edificio que dicen sanatorio, aunque bien sé que es un manicomio. Pretenden curarme porque ignoran que mi alma será eternamente un desierto en el que la gota de agua que cae del odre del camellero no logrará nunca hacer nacer una flor.

Dirán en las regiones celestes que el alma mía progresa, que se purifica, encaminándose hacia el ideal de perfección, que ya no es la primitiva esencia del criminal instinto... ¡Acaso!

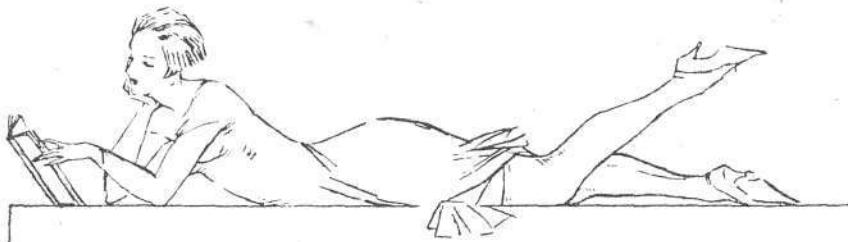
Pero ella aún más feliz en la piel de ámbar tostado, desnuda ante sus súbditos, de aquella Semíramis de dulce recuerdo...

La Dama del Antifaz

LEA USTED

CHIPILIN

la novela que será inolvidable.



Cuando llegó a su casa violó a la criada y le hizo un niño a mi tía.
Mira cómo, por culpa de los caramelos, perdí mi herencia.

Claudio ARNOY

Cada cual, su oficio

Un marido y su mujer, ambos de una obesidad extraordinaria, saludan, en cierta fonda, a un amigo al que no veían hacía ya años. El amigo, entre otras muchas preguntas, les hace la siguiente:

—¿Tienen ustedes hijos?

Entonces, el enorme esposo y su formidable señora, que, acostados, parecen dos edredones informes, contestan al unísono y con evidente tristeza:

—¡Ay, no!... Nosotros no somos acróbatas...

HUMORISTAS FRANCESES

LOS CARAMELOS

Paseándose un día Roberto de Guiches con Susana de Ibres, su loca querida, ésta se fijó en un delicioso cofrecillo de laca, ante el cual se detuvo, extasiada. Al día siguiente, Roberto lo compró, y, para no ofrecérselo vacío, lo hizo llenar de dulces.

¡Qué contenta se iba a poner Susana!

En efecto, tuvo un arrebato de alegría a la vista de la linda caja, y saltó al cuello de su amigo. Luego, abrió el cofrecillo para admirar su interior, y pasando sin transición de la alegría a la cólera, puso a Roberto de vuelta y media.

—Como eres tan golosa...—se disculpó él.

—Soy muy golosa, sí, pero sólo el ver un caramelo me pone furiosa.

—Ya lo veo. Y quisiera saber el motivo...

—Los caramelos me han traído desgracia.

—¡Superstición!

—¡A no ser por unos malditos caramelos, yo sería rica!

—¿Cómo fué eso?

—Ocurrió hace diez años. Era yo muy joven, pero ya había abrazado la agradable carrera de la galantería. No me quedaba otra familia que un tío y una tía muy ricos y sin hijos. Aunque me habían amenazado muchas veces con desheredarme para castigar mi conducta, que juzgaban escandalosa, no creía yo que cumpliesen sus amenazas.

Pero... no contaba con los caramelos.

Tenía yo entonces un viejo amante que necesitaba estimulantes. Tomaba unos caramelos especiales, que guardaba yo en casa.

Un día mi tío me visitó para echarme un sermón, y le di de merendar. Tomó chocolate y una copa de oporto. Luego, al ver sobre un mueble la bombonera, la abrió y gritó:

—¡Caramelos! ¡Con lo que me gustan!

Y sin dejarme tiempo de impedirlo, se comió dos o tres.

Al cabo de un momento, el pobre hombre se sintió todo transportado. Me abrazó, al despedirse, con una energía inusitada. Tenía los ojos brillantes.

CONTRASENTIDO



—Anoche estuve con quien tú sabes en el cine.

—¿Fué larga la película?

—¡Oh, deliciosamente larga!

Dib. de Bosch.



Ese hombre es muy raro; quiere que hoy le espere levantada, y vestida...

Lo contrario que de costumbre. ¿Han visto ustedes cosa más rara?

La culpa fué de aquel maldito "black-bottom"

Soy amigo de una muchacha italiana, que tiene el defecto de tener diez y siete años. No tiene otro, porque es perfecto su cuerpo y perfecta su cara. Es propietaria de una boca grande, de labios gordezuelos, tan fogosos, que constantemente asoma la punta aguda de su lengua para humedecerlos, aumentando su ductilidad. Sus ojos, subyugantes como el misterio, son negros con reflejos del fuego de sus labios. La rasgadura de los párpados, vigorosa. Las cejas se arquean como una pincelada. Y las pestañas..., sindicalistas por lo largas. Su cuerpo no se asemeja a ninguna Venus ni diosa mitológica: es algo mejor que todos los tópicos. Carne morena, flexibilidad y ritmo. ¡Y diez y siete años! "¡Qué lástima.

que sea tan honesta!" pensaba yo.

Leda me profesaba una amistad de esas que le hacen a uno mirarse al espejo para hallar el motivo. Por esto acudía yo con frecuencia a casa de su hermana Gisella, una muchacha encantadora, ex bailarina, retirada por un alemán de cabeza cuadrada y negocios redondos, pues todo le salía bien, según confesión de Gisella, que debería de tener pruebas. El no sentía celos de mi ni yo de él.

El germano tiene ocupadas todas las horas del día; yo no tengo nada por hacer—en buen hora se diga—, y su amante, tampoco. Los tres somos buenos amigos.

Una tarde llegué en ocasión de estar Leda sola. Me recibió con una efusión más extremada que de ordinario, y guiado por mi admiración a su belleza, le di un beso. Una bofetada castigó el delito, y por el contagio del comerciante alemán, le propuse un contrato, en el cual me com-

prometería a recibir tantas caricias de sus manos como besos la diera; pero no quiso firmarlo. Mi primera tentativa de comerciante fracasó, haciéndome retirar de los negocios. Fuera de la pluma, soy hombre al agua, y dentro, me baño a trozos cuando hay señoras de por medio.

Ella rompió el silencio y una placa de gramófono que iba a poner; puso otra y sonó un precioso *black-bottom*.

—¿Quieres bailar?—me ofreció

—No. Sería un castigo peor que la bofetada.

—Bailaré sola.

—Como quieras.

Y empezó el baile.

Los movimientos del *black-bottom* me han hecho opinar que es ésta una danza para mujeres casadas o para mujeres que, sin casarse, han experimentado el desnivel constante. Sin embargo, esta chica lo baila como si hubiese probado la luna de miel.



Lindo capricho: unos blandos cojines y una cara risueña, como ésta.

Y, en fin, sentada como pueden ver. ¡Pues creó que me está escamando el capricho!...

Nadie sufrió tanto como yo la memorable tarde. Aquello era una provocación, un desafío, un reto. Sí; aquello era un reto, y yo no soy un cobarde. Le eché mano donde lleva el relicario la Raquel cuando canta el cuplé de Padilla, diciéndole indignado:

—¡Eso no se hace con un hombre! ¡Eso me lo vas a hacer tú en aquel montepío de cojines, si te atreves!

La lucha fué épica. Se me daba de cara, pero para conservar la prueba de su acrisolada honradez, se volvía de cara a los cojines, con el ritmo del baile primitivo de los *tiznaos*.

Mis intenciones no eran tan aviesas, pero transigí; no soy exigente.

¡Qué contento quedé, viendo mis deseos saciados así como así!...

Y si a Leda le daba igual..., yo, encantado.

¡Diez y siete años y tan pura!

Cuando acabábamos de ordenar lo desordenado en el combate de amor impuro, se presentó Gisella.

Mientras fué a cambiarse de ropa, o mejor dicho, a vestirse—porque venía de la calle más desnuda que un naufrago—, quedamos diciéndonos frases de amor, envueltas en promesas de placeres, para practicarlos en tardes propicias.

Tornó Gisella, preguntando:

—¿No habéis tomado el te?

—No—respondió Leda.

Encargó el te e inquirió:

—¿Qué habéis hecho?

—Contando cuentos toda la tarde—atajé, para evitar que una duda en la contestación de Leda nos delatara.

—Habrás sido comedido—me dijo a mí.

—¡Ah, claro!

—El que más me ha gustado ha sido el de *Caperucita roja*—declaró con ingenuidad la chiquilla.

—¡Así me gusta!—advirtió Gisella, y acercándose a mi oído, añadió—: Es

inocente como una niña. No la pervertas tú.

—¡Por Dios, Gisella!

La doncella, de una elegancia de opereta, nos sirvió la infusión y se retiró.

Leda seguía en pie, y le instó su hermana:

—Siéntate, chiquilla.

—Estoy así mejor; toda la tarde he estado sentada.

Y al girar la cabeza Gisella para tomar unas pastas, Leda me miró picarescamente, reprochándome con un mohín su permanencia en pie.

Santiago IBERO

Barcelona.

ONYX LA CREMA
mejor para el cutis



FLIRT

VILLAMARTA.—(Luego de un silencio largo y grave antes de su coloquio, hoy solitario y en un mirador, al atardecer, con Lulu.) Veo que busca usted la soledad.

LULU.—También la busca usted, a lo que parece.

VILLAMARTA.—No. Es a usted a quien busco.

LULU.—No puede usted pasarse sin mi compañía, ¿verdad? Eso es muy halagador para mí. Por lo visto, le divierto a usted mucho.

VILLAMARTA.—Divertirme... No es ésa, precisamente, la palabra.

LULU.—¿Cuál es?... ¡No la pienso usted tanto!

VILLAMARTA.—Más bien inquietarme.

LULU.—¡Ah! ¿Le inquieto a usted? No aspiraba a tan alto honor. Le creía a usted inquietable.

VILLAMARTA.—¡Júrelo usted!

LULU.—¡Júrelo usted!... ¿Hasta cuánto va usted a resultar ahora?... ¿No le basta a usted mi palabra?

VILLAMARTA.—¡Qué me ha de bastar!

LULU.—¡Gracias por la franqueza, señor escéptico! Pues bien: se lo juro. Le juro a usted que le creía, y le sigo creyendo, un hombre de mármol.

VILLAMARTA.—¿Por qué falta usted con tanto aplomo al segundo mandamiento? ¡Va usted a condenarse, criatura!

LULU.—¡Esto es ya demasiado! ¡Logrará usted sacarme de mis casillas!

VILLAMARTA.—¿Y qué hará usted? ¿Me arañará?

LULU.—(Riéndose y amenazando a su interlocutor con un nardo que tiene en la mano y se mete, a cada momento, en la boca.) ¡Le tiraré algo a la cabeza!

VILLAMARTA.—¡A la cara, a la cara, que será más castizo!

LULU.—¡Bah! ¡Sería lo mismo!

VILLAMARTA.—¿Está usted segura?

LULU.—(Impaciente.) ¡Bueno, basta! Hablemos con formalidad.

VILLAMARTA.—¿De qué? ¿De política?

LULU.—¡Vaya usted a paseo!

VILLAMARTA.—¿De amor?

LULU.—¿Qué sabemos nosotros de eso?

VILLAMARTA.—Yo, mucho.

LULU.— ¡Usted, una barbaridad!



—¡Guarro, sucio! ¡Esa indignidad no se la tolero, más que a mi marido!...

Dib. de Bosch.

mediaron entre mi primero y mi último amor.

LULU. — ¿Qué edad tenía usted cuando... se retiró?

VILLAMARTA. — Aún no me he retirado. Estoy, desde hace cosa de unos dos lustros, excedente.

LULU. — Bueno, ¿qué edad tenía usted cuando pasó a esa situación tan tranquila?

VILLAMARTA. — Treinta años.

LULU. — ¡Funesta edad de amargos desencantos!... Lo sorprendente es que ninguno de los ocho amores terminase en boda.

VILLAMARTA. — He tenido una gran suerte, hija mía. Sólo he amado imposibles.

LULU. — Una gran suerte, ¿eh? ¡Qué asquito de hombres! ¿Y se puede saber en qué radicaba la imposibilidad? ¿Se enamoraba usted de rayos de luna?

VILLAMARTA. — No. De pedidas, de casadas, de viejas.

LULU. — ¿Cómo de viejas?

VILLAMARTA. — Viejas relativas. La primera mujer que amé me llevaba diez años; la segunda, ocho, y la tercera, seis.

LULU. — ¡Diez años! Sería usted un pipiolo.

VILLAMARTA. — (Con énfasis jovial.) Tenía yo ocho años cuando mi primera Beatriz despertó al amor mi corazón.

LULU. — ¡Bah! ¡Es una broma!

VILLAMARTA. — Hablo en tono de broma porque es un poco cómico. Pero es verdad.

LULU. — (Pensativa.) ¿Se enamoró usted de veras, como un hombre?

VILLAMARTA. — Como un Don Juan.

LULU. — (Oliendo, voluptuosa, el nardo.) ¡Es monstruoso... y divino! ¿Se enteró? ¿Le correspondió?

VILLAMARTA. — Sí. Fué una conquista en regla. Una realidad, que aún perfuma de ensueño mi vida.

LULU. — (Tras un silencio soñador, volviendo la cabeza hacia su interlocutor.) ¿Vive?

VILLAMARTA. — Creo que sí.

LULU. — Será ya abuela...

VILLAMARTA. — Creo que sí.

LULU. — (Tirándole a su interlocutor el nardo a la cara.) ¡Pues fastidiense ustedes!

(El coge la flor de sobre los cristales y, sin decir nada, la besa.)

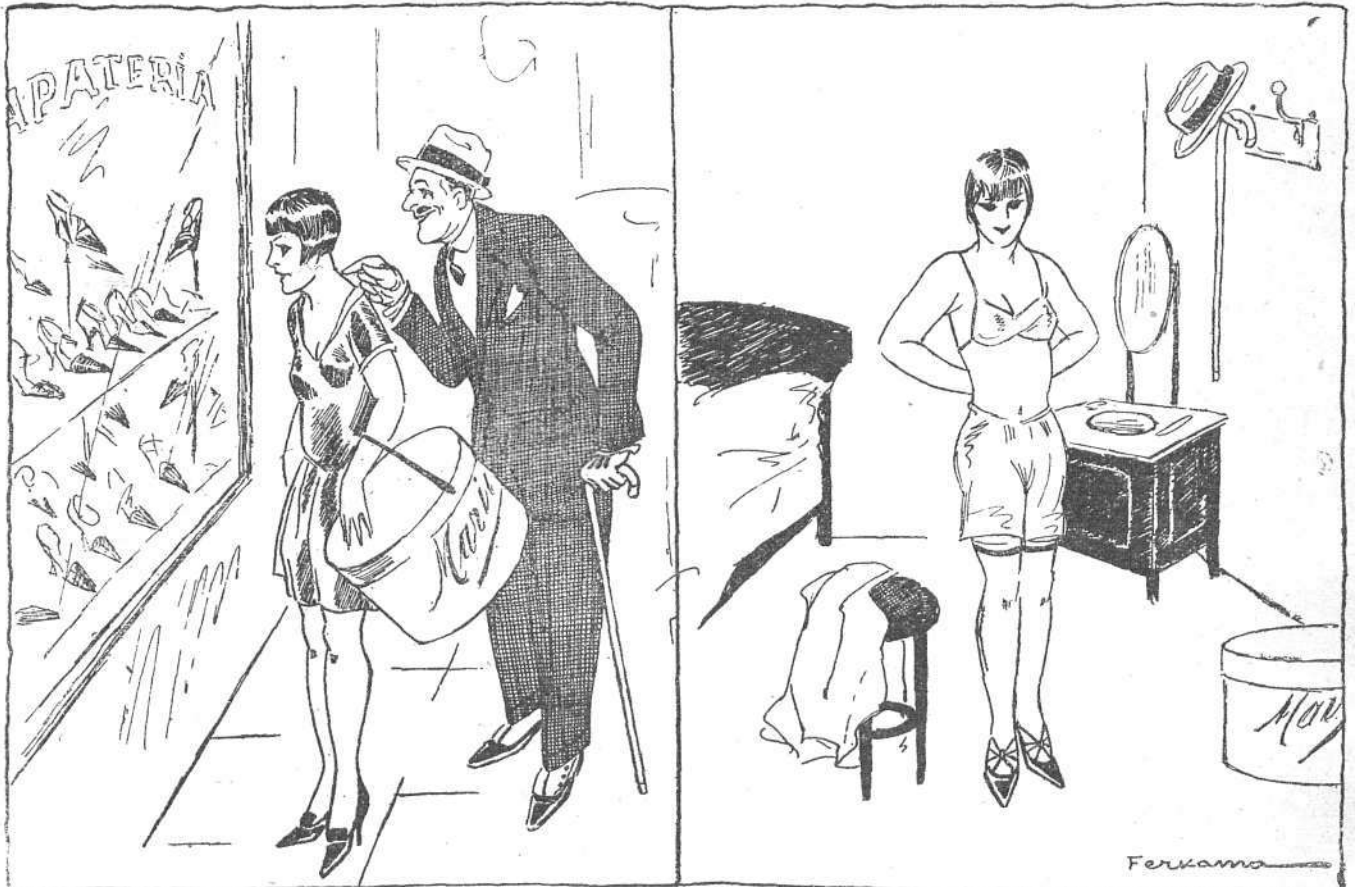
Flor de LIS

Leed

La Novela de Hoy

FRICOT Cutis sano y fresco como una rosa conseguirá con su uso.

F. BETHIAN. Hoepfeler, 113. — BARCELONA



ANTITESIS

El mejor medio de proporcionarse las cosas de que se escasea... es, sencillamente, el de quitárselas.

TRICÓPILO ESTRAGUES

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad
San Anastasio, 12 BADALONA

NO MATEMOS EL AMOR

El título que encabeza estas líneas sería ideal para una de esas comedias cursis, tan en boga, con ribetes de trascendentales. Pero nosotros, en él, queremos sintetizar una enérgica protesta contra el ejército de prosaicos materialistas que, encubriéndose bajo esa ingenua careta del higienismo, tratan de matar la fantasía con que se adorna el acto original de la especie. Para esos señores no existe nada más que el roce de las epidermis, y todo lo que sea prosa y verso alrededor de ese acercamiento carnal, se les antoja falso, ridículo y perjudicial. Nada de fantasías ni de sueños. Al tálamo—legal o ilegal—debe irse con el pensamiento fijo en el acto del amor y cumplir éste con la rudeza fisiológica que la Naturaleza impone, y siempre pendiente del nuevo ser...

Como se ve, cada día nos vedan a los pobres mortales más ilusiones. Se nos recortan más y más las alas que nos levantan un poco del fango de esta vida. Ya no podemos enamorarnos nada más que de aquellas mujeres que están catalogadas como buenos troques de la especie. Se nos prohibirán los idilios con las anémicas interesantes y con las tísicas en último grado—¡tan novelescas!—. Y también nos será imposible entregarnos a aquella mujer que en el misterio de una noche, sin decirnos de dónde viene y adónde va, nos ofrece su cuerpo con la más apasionada y cálida de sus miradas...

La mayoría de las aventuras de amor tienen algo de sombra, de silencio y soledad; nacen al margen de toda fiscalización ética. Tienen el encanto, la bella sugestión del pecado prohibido. Y hay que gozarlas tal como son, tal como se presentan, con el misterio de lo casual. No vamos a reflexionar, friamente, si nos conviene aquella mujer o no. Si el genio de la especie quedará desairado o complacido.

Sin embargo, los higienistas nos obligan a huir de esas aventuras. No permiten velos quiméricos y caprichosos sobre el amor. No deben los amantes juntar sus cuerpos, rozar sus epidermis en una orgía espiritual y carnal entre el placer y el amor. Si el amor es de por sí serio, requiere otra seriedad mayor: satisfacer el imperativo de la Naturaleza, soberana y absurda, madre de todo, hasta de esa obra maestra de amargura y dolor que es la vida...

¡Bien por los flamantes higienistas, y que rabie Malthus!

Alejandro NUÑEZ ALONSO



¡SE HA CORRIDO!

—¿Tendréis bastante las tres con una gorda?

Dib. de Ferxama.

Madrinas de guerra

Tres legionarios de nacionalidad francesa, pertenecientes a la quinta Bandera, 18.ª compañía (Larache), llamados Henri de Launay, Pierre de Monsay y Jacques du Vernois, y sobrenombrados *Tres legionarios adoradores de Mefisto*, desean madrinas espirituales, bonitas y diabólicas. (Babel-Karro).

El soldado Jose Arias López, del batallón de Cazadores de Africa, 5, de guarnición en Tetuán (Mayoría de P. M.), pide una *señorita archicorrotaponada y merengambuten*. Si alguna de nuestras políglotas lectoras reúnen esas condiciones superferolíticas, ya sabe las señas.

Desear ser amaduinado por jamona como las que dibuja el simpático señor Quintanilla, Jesús Trigo, primera

Legión, octava Bandera, 32 compañía. Targuist. Melilla.

Forman fila para pedir madrinas los siguientes:

Cabo Angel B. Dedaneris, y estos soldados:

Julián Vidal Filgall.
Florencio Martín Carmona.
Cayetano Díaz Regañón.
Paulino Gómez Ramírez.
Antonio Mena Medel.
Manuel Cabanas Cabanas.
José Ardura Cano.
Román Albardía Azeñero.
Balbino Uliaque. Obás.

Todos pertenecientes a la Comandancia de Sanidad Militar de Melilla, primera sección de Montaña, sector de Ketama (Badú).

¿Pero dónde va a haber tantas señoras?... ¡Van a subir, por culpa de ustedes, los sellos de Correos!



Todo un motivo

Dirigía yo a la sazón un periódico, y regresaba de la imprenta, luego de corregir las galeradas, con más faltas que un partido futbolístico.

Un muchacho, albañil de oficio, me paró en la calle:

—Hombre, don José, yo desearía de usted un favor.

—Tú dirás—le contesté al momento, mientras acariciaba *in mente* la efígie de una peseta.

Estaban en huelga los albañiles, a raíz de no sé qué rencillas habidas con sus maestros de obras, y yo esperaba la "acometida monetaria", que hubiera concedido a gusto para donar un poco de pan en un hogar necesitado. ¡Pero no era por ahí! Mi interlocutor aclaró en seguida mis dudas manifestándose sus propósitos:

—Se trata de unas *cositas* que he hecho, y si le sirvieran para el periódico...

—¿De qué se trata, dices?

—De unos versos que me he sacado de la cabeza.

Iba a decirle, con el personaje del cuento: "¡Con lo buena persona que era tu padre!..."; pero varié de rumbo y opté por llevarme al joven albañil a la redacción y allí le invité para que comenzara a leérmelos.

Los versos tenían ese estilo inconfundible que tantos estragos ha producido desde los almanagues.

—Oye, tú, vas a decirme una cosa con franqueza: ¿de dónde has cogido eso?—pregunté al liróforo.

—Pues yo..., verá usted...; bueno, aquí, en esos versos, hay de todo: hay cosas mías y de un libro viejo que tengo en casa.



—¿No sabes la noticia? Miguel se ha matado por Adelina.

—¡Qué sinvergüenza! ¡Lo que no hizo nunca por mí!

Dib. de Bosch.

—Entonces, mira, vas a hacer lo siguiente: quitar *todo* lo que no sea tuyo, y me entregas la *poesía* una vez efectuada esta poda. Nos exponemos tú y yo, tú como *poeta*, y yo como director de periódico, a que nos metan en la cárcel—le dije para asustarlo.

—¡Rediós! ¿Y por tan poca cosa?

—Claro. Los derechos de propiedad son "sagrados e inviolables", debiéndose de respetar en todos los momentos; y si el autor del libro de donde tú has extraído *eso* lo lee, ¡figúrate

qué disgusto nos puede traer a ti y a mí!

El albañil, convencido por mis palabras, se dispuso a largarse, no sin prometerme en breve tiempo la entrega de una *poesía* que fuese solamente hija de su numen.

—Oye—le dije antes de marcharse—: ¿y cómo te ha pegado por hacer versos?

—Es que..., como ahora estamos parados...

Querido director de MUCHAS GRACIAS: este artículo no tiene nada de galante, pero es una verdad de a folio.

José ALFONSO

ANECDOTILLAS

Balduquete vuelve a su casa más temprano que de costumbre; su mujer está sentada sobre las rodillas de un galán...

—¡Ah, miserable!—clama Balduquete—: ¿no se os ha ocurrido siquiera el cerrar la puerta? Que yo os haya visto, no tiene importancia; pero que entrara cualquier otro, y pensara que yo soy un macho cabrío...

Entre artilleros:

—Mi teniente; la carta que acabo de recibir motiva que yo venga a molestar a usted rogándole un permiso.

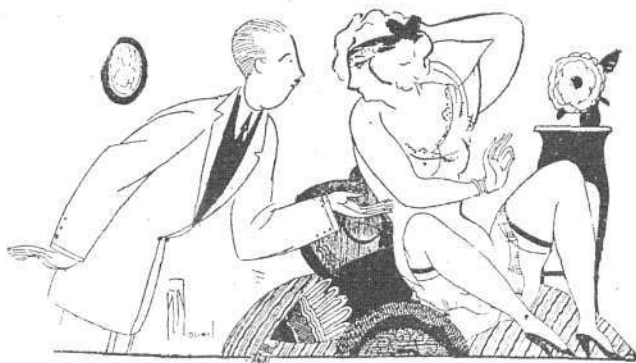
—Sí; ha recibido usted carta de su casa. ¿Y qué ocurre? ¿Para qué quiere usted ese permiso?

—Mi mujer, de un momento a otro, va a dar a luz.

—Bien hombre, bien... ¡Pero, amigo, tú te chanceas!

—¿Cómo, mi teniente?

—Sí; te chanceas. En tu cañón, tú eres necesario a la salida del disparo. Mas a su llegada, se puede muy bien pasar sin ti...



—Te pido una limosna de amor.

—No puedo, hijo. ¡Tengo una barbaridad de pobres!



—No, no me acaricies, perversa... ¡Te he visto hasta con un extranjero! ¡Y como están los cambios!...

Del Madrid pícaro y sentimental

EL SERENO DE MI CALLE

Para muchos—ha dicho Hoyos y Vinent—la moral es... un código de higiene.

El sereno de mi calle, el simpático Pepón Carballeira, era uno de éstos; casto, porque temía a las bubas; decente, por miedo a perder la plaza; y su honradez—a mi juicio—nacía del pánico a la Guardia civil, la aprensión a los de la curia, y la pusilanimidad ante las trancas, cadenas y grilletes de los carceleros.

Por lo demás, su fama de honesto, probo y honorable, valiale la cantidad más que precisa a vivir orondo su existencia de comodísimo soltero.

En su calle—mi calle—no había timos ni fracturas; las golfas que la paseaban, no eran de las de escándalo; con los borrachazos usaba el palitroque, y cuando era “de ley”, daba trabajo a la Casa de Socorro.

Pero Pepe, ¡ay!, tenía un punto flaco, la media copa.

¿Borracho? No; nunca; pero alegre, disculpador y palabrero, sí.

Ellas, las pajaritas de la calle, lo averiguaron. ¿Qué no averiguarán esas pájaras?, y ahora un chiste, luego un timo chulapón, y a la postre dos o tres de Cazalla ponían al sereno tan poco sereno, que hasta masajista fué con alguna de ellas.

Angeles, la “Risas”, especie de jamón con pendientes, ojazos color tabaco de lo bueno, dentadura de loba pronto a usarse si lo pagaban bien, era, era la que más le gustaba, pero...

—¿Y si por quererla unas mijas salgo empitonao por la ingle?

La historia clínica de un compañero, al que se caían a pedazos las orejas, y la de un vecino que llevaba en la garganta más costurones que pitas colecciona el Chicuelo, le contuvo en su ansia de gustar aquella carne tan mantecosa y aquellos besos—a su cuenta—tan “riquitines”.

—¡Pecar, no! ¡La decencia lo primero...!

Y mientras lo decía, su lengua era esparto, sus manos, ascua, y toda su sangre gallega, torrente de lava que

por milagro de pavor no iba a verterse sobre el cuerpo serrano—la golfa era del mismo Guadarrama—, de Angeles la “Risas”.

Condescendiente, dejó que las vendedoras de amor—calificativo de un tendero poeta—camparan por sus respetos en toda la calle, hasta, alegrando su ánima, las oía cantar “sotto voce” ahora, a gritos después, y hasta las permitió reñir, ya que sus ocurrencias le divertían la mar.

Los vecinos, acostumbrados al silencio nocturno, protestaron sin conseguir nada.

Como peligrase su autoridad, quiso el sereno imponer “su” orden, pero un gachonco de Angeles o un “su” roce al pasar, le desarmaron siempre, dándose el caso de hasta ser defensor de la libertad de comercio y la libertad de cátedra, si los dicharachos eran graciosos...

Hasta que, un día, mejor, una noche de viento y lluvia de trallazos, quiso su debilidad que la moza, guareciéndose con él en un portalillo, consiguiera que, en más de quince minutos de desgañitarse los vecinos, no los oyera.



Fexama

—Tengo mala cara, y es por las malas noches que paso. Voy a tener que pedir al doctor que vuelva a recetarme polvos insecticidas.

Dib. de Fexama.

¡Tan gozosamente distraído estaba...!

Y tras aquel ensayo vino otro y otro y... a los ocho días de conocer Pepe los dulces arrumacos de la carnal mujer, una inquietud, una pizca de fiebre y dolores sordos, en una parte del cuerpo, que enseñar en público es pecado, hicieron que el serenar del hijo de Lugo se interrumpiese y en su lecho ex casto se arrepintiera de lo que llamó—porque le dolía—“inmoralidad de las costumbres”.

Pasadas semanas muy largas y triste, con más aceite... de cierta clase en el cuerpo, que tranquilidad en la conciencia, pudo, al fin, volver a su chuzo.

La gente, suponiendo su mal por las heladas, aconsejóle precaución y cuidado.

Las golfas—pobrecitas—supieron no más aparecer en la oscura calle, de una persecución de lacero.

¿Escándalo después de las doce? Detención y quincena. ¿Frases indecentes? Bofetadas y, lo que era más doloroso, multas y juicios.

A los chulos—sus chulos—que quisieron impedir la represión, dióles Pepe más palos que pesetas sus coimas.

Y, así, el barrio entero festejó agrado la rectitud de Pepe, y alguien propuso, y todos aceptaron, reconocerle como el prototipo de la seriedad, la inflexibilidad y, ¡oh!, la honradez.

El Ayuntamiento, premiador siempre de las virtudes cívicas, le colgó una medalla; los vecinos le obsequiaron, y la liga patriota de las buenas costumbres, cantando la limpieza de vigilante tan moral, dióle un diploma, y con el diploma, un premio de cincuenta duros.

¡Y hasta “salió” en los periódicos ilustrados!

Aquello—aun cuando sonriera—no le libraba de unos dolorcillos cada vez más crueles.

El dinero, el limpio dinero con que premiaran su moralidad, no bastó para curarle, y un día el buen Pepe murióse, no diremos que en olor de santidad, pero sí con la etiqueta vecindona de honesto y puro.

Su patrona y paisana, aseguró, sería, que a más de ser siempre modelo de todo lo decente, no deber ni un cuarto y roncar poco, vino a morir como un “santín” de Dios.

—¡Sus últimas palabras fueron piadosas...! Mirando al cielo decía extasiado: ¡Ángeles! ¡¡Ángeles...!!!

.....

Así se hacen las famas.

¡Cuántos, ¿verdad, lector?, son como el sereno de mi calle!...

Y...

¡¡Viva el cieno!!

Fernando MORA



B o s c h

—La señorita debe de ser muy rica.

—¡Imprudentel...

Dib. de Bosch.

EDITORIAL ATLANTIDA

Se ha puesto a la venta la *tercera edición* de

LAS SIETE COLUMNAS,

maravillosa edificación de humorismo y de intensidad novelesca.

W. FERNANDEZ FLOREZ,

maestro de humoristas, ha logrado de nuevo una obra maestra, discutida apasionadamente en la actualidad literaria.

CINCO pesetas ejemplar.

ISABEL ANA Y OTROS POEMAS,
libro de versos, admirable creación de

MARIANO TOMAS

cuyos poemas de la sencillez y de la elegancia galante le afirman como insuperable poeta. En todo este selecto libro se admiran la riqueza musical, la pasión tierna, la sencillez maestra, la más cadenciosa gracia de los términos y del estilo.

TRES pesetas ejemplar.

EDITORIAL ATLANTIDA,

Mendizábal, 42.-Madrid.



EROTYL Especifico de la ASTENIA GENITAL, IMPOTENCIA, falta de vigor sexual, de la eyaculación precoz, de la debilidad y de la neutrastenia. Unico producto que cura sin perjudicar. *Precio, 21,75.*

GINELASA - VAGINODES Para la higiene íntima de la mujer. Como preventivos y curativos de las afecciones del aparato genital de la mujer. *Precio, 6,70.*

GONICIDEOL El remedio de resultados más seguros y rápidos para la curación de la blenorragia. *Precio, 8,20.*

ANTILUÉTICOS DUTREM Medicación antisifilítica por excelencia. Juzgada superior a todos los otros preparados antisifilíticos, por su reabsorción cierta, gracias a su especial preparación, por su actividad segura. Son inyecciones subcutáneas, completamente indoloras. *Precio, 15,20*

Folleto gratis. LABORATORIOS FARMACOLOGICOS W. DUTREM. Alta de San Pedro, 50. Barcelona. Teléfono 1.486 S. P.

Representante para Cuba, Méjico y Repúblicas Centro-Americanas: D. EDUARDO ARGEMÍ TORRÁ. Calle de la Unión y Ahorro, 7 (Cerro Habana).

LA NOVELA DE HOY

publica esta semana, la más interesante novela salida de la pluma amena de

ALVARO RETANA

quien con el título de

EL ENCANTO FATAL

ha escrito una hermosa novela llena de gracia descriptiva y de apasionados incidentes.

Ilustraciones de Juez.

TREINTA céntimos ejemplar.

FOTOGRAFÍAS GALANTES: RARAS

Hermosas colecciones

10 ptas. en sellos de Correo

Escribid a Excelsior, Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)

ACTITUDES INTIMAS

40 fotografías inéditas, tamaño 9 X 12... .. 10 ptas.
15 postales sugestivas y catálogo, 5 "
STEREOS. colección curiosa, 15 fotos diferentes, 8 X 17... .. 10 "

El pago adelantado por giro postal o cheque sobre París.

J. S. MARTIN

51, RUE DAMREMONT PARIS, 18 - FRANCE

Está en prensa la segunda edición de

ROSA DE CARNE

con nuevos capítulos y soberbia portada del genial e inimitable dibujante *Federico Ribas.*

Esta segunda edición de

ROSA DE CARNE

la amenísima y flageladora novela de

ARTEMIO PRECIOSO

se agotará más rápidamente que la primera, a juzgar por los pedidos que hasta ahora existen en la

EDITORIAL ATLANTIDA

Las memorias de la Bella Otero

es uno de los libros más interesantes y más exquisitamente frívolos, publicados en estos últimos tiempos. La vida apasionada de una mujer que fué deseada por todos y amada hasta el suicidio por muchos.

Más de 500.000 ejemplares vendidos en Francia durante el primer año.

Prólogo y traducción del gran novelista

Joaquín Belda

Dos tomos a CUATRO pesetas cada uno.

Pedidos a

EDITORIAL ATLANTIDA

Mendizábal, 42.—Madrid.

Sección de anuncios por palabras

Hasta 15 palabras, 2 ptas; cada palabra más, 20 céntimos.

SARNA. Cúrase en diez minutos, sin baño, con "Sulfureto Caballero". Droguerías, Centros Específicos. Laboratorio autor: Barcelona, Rocafort, 135.

DEPILATORIO BORRELL quita pelo cara, brazos, nuca, piernas, sin irritar, rápido, económico; 3,50. Puerta Sol, 5, Madrid.—Asalto, 52, Barna.

¿QUIERE usted solazarse? Lea las novelas de Miguel Rivas *La Gran Histórica* y *Las Esclavas del Sexo*. 5 pesetas y 3,50, respectivamente; en todas las librerías y quioscos y Editorial Lux, Consejo de Ciento, 347. Barcelona.

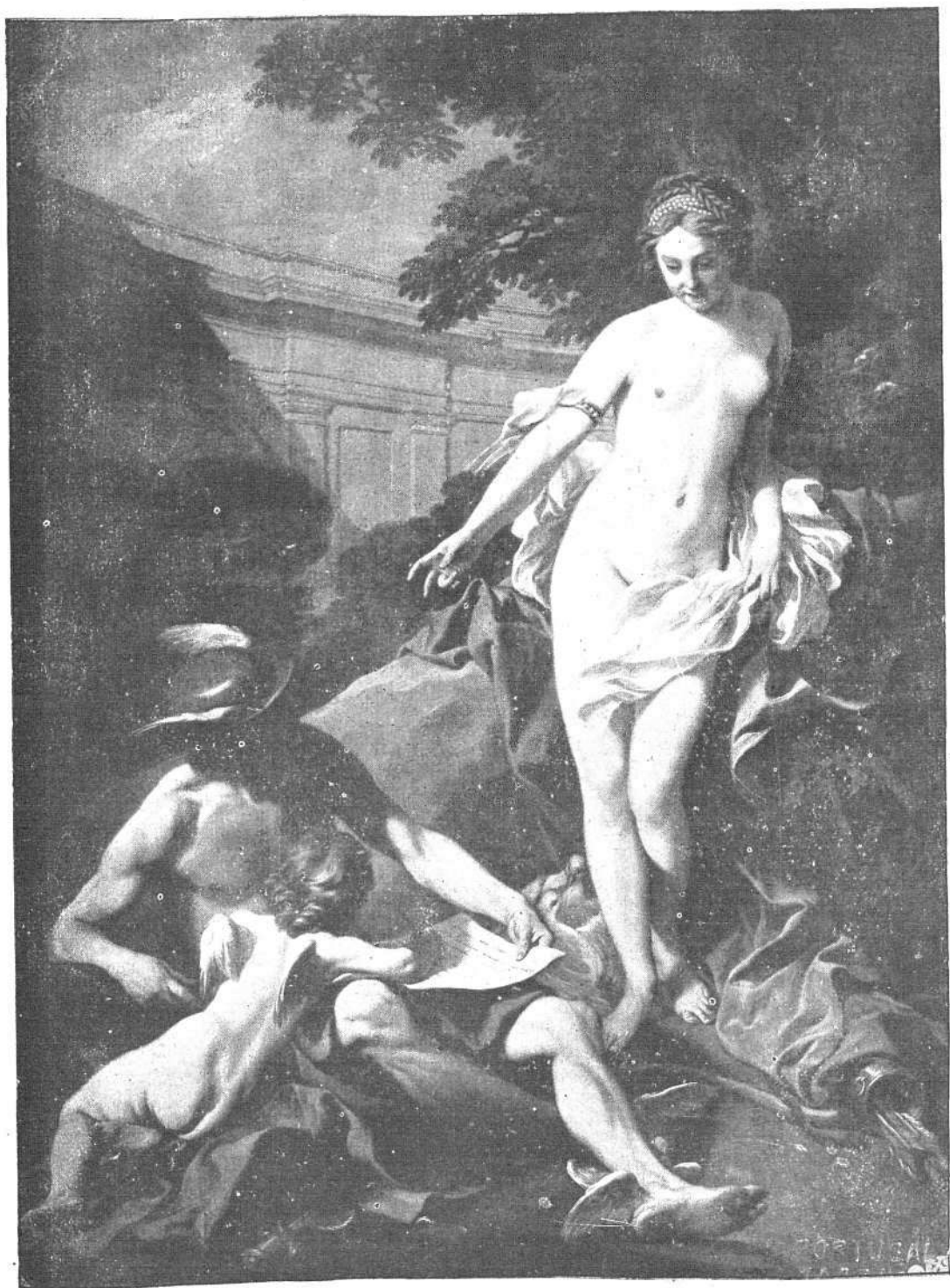
PARA hacerse amar locamente. Dominar a los hombres, conquistar a las mujeres. Mandad sello de 0,25 y recibiréis "La llave del amor". Librería Pons, Buenavista, 12, Barcelona.

PAZ ISCAR. Profesora en partos. Consulta reservada para embarazadas. Fuencarral, 123, entresuelo izquierda. Teléfono 34.732.

RECOMENDAMOS

a nuestros lectores los productos de nuestros anunciantes.

GALERIA ARTÍSTICA DE "MUCHAS GRACIAS"



El Amor, Venus y Mercurio. Vean ustedes qué manera tan delicada tenían los mitólogos de expresar lo que ha de tener siempre una actualidad palpitante: el deseo, la belleza de la mujer y el percance.



PATRONA IDEAL, por Fexama.

—Me falta un cuarto para ese huésped nuevo, y le voy a ceder el mio. No puedo consentir que se quede en cualquier parte.